

la ofuscaban, y de la inteligencia á quien corrompian. Adquiere la conciencia de sí misma, y se reconoce en su carácter propio, esto es, en el de una facultad puramente estética: comprende entónces que su objeto directo no es la verdad sino la belleza, esto es, la verdad en segundo término, y que sus representaciones van encaminadas á la admiración y al gusto, ménos que á la convicción y á la creencia: abandona el dominio de la religión y la filosofía que habia invadido, y viene á reconcentrarse definitivamente en la poesía y en las artes. Mas no concluyamos de aquí un divorcio entre estos dos objetos y la filosofía, porque sería muy repugnante á la naturaleza de las cosas; sino una concentracion metódica relativa á su accion puramente directa, quedando en su término respectivo en órden á las demas facultades y á los demas objetos de nuestro pensamiento. La alta moralidad de las obras de la *imaginacion* tiene por principio la eterna y profunda afinidad entre lo bello y lo verdadero.¹

Tal vez nos hemos extendido excesivamente, supuesta la limitacion á que debe ceñirse una simple reseña de las facultades del alma; pero la importancia y ramificaciones de esta nos excusará á los ojos de nuestros lectores. Baste lo expuesto para conocer que la *imaginacion* parece rozarse con todas nuestras facultades mentales; á lo ménos influye notablemente en todas, y todas á su turno concurren á desarrollarla. Diríamos que la *imaginacion* es ménos una facultad singular, que un concurso de varias, si no viésemos por todas partes el atributo distintivo que la caracteriza. Mas no por esto sería fácil determinarla con la exactitud que las otras.

CAPÍTULO CUARTO.

DE LA REFLEXION.

No ha mucho hemos dado una idea brevísima de la reflexion; mas para dar á conocer esta facultad en su carácter propio, en sus relaciones psicológicas y en sus principa-

¹ Las fuentes de donde hemos tomado el fondo de las ideas para escribir este capítulo, son el art. *Imagination*, compuesto por VACHEROT, é inserto en el *Dictionnaire des sciences philosophiques*, el capítulo VIII de la obra de DUGALD-STEWART titulada: *Elements de la philosophie de l'esprit humain, revue corrigée et complétée par L. PEISE*; [Tom. 1.ª edicion de Paris de 1845.] y por último, las *Lecciones de filosofía eclectica* por GARCIA LUNA. (Leccion duodécima.)

les efectos, es necesario tenerla antes de la *conciencia*, de la *observacion*, de la *meditacion*, del *recogimiento* y de la *contemplacion*. Trataremos de ellas como antecedentes precisos para la *reflexion*, y despues de haber hablado con mas amplitud de esta facultad, diremos una palabra más sobre la *comparacion*.

§ I.

CONCIENCIA.

Ademas del mundo material, cuyos fenómenos llegan á nosotros por medio de los sentidos, existe, como ya hemos dicho, otro mundo puramente interior, donde se refleja todo el mundo visible y existe otra multitud de objetos inaccesibles á los sentidos, y que no tienen ménos variedad ni inspiran menor interes que los que ofrece al espectador el cuadro magnifico y sublime del universo. Este mundo todo espiritual se llama interior, porque las escenas que nos presenta pasan dentro de nosotros, y nos basta reconcentrarnos en nosotros mismos, para tomar conocimiento de todas las ideas, de todas las afecciones, de cuanto existe en las regiones profundas de nuestra alma. Sea cual fuere el carácter propio del objeto que sentimos, siempre se nos manifiesta de un modo análogo; lo cual basta para suponer que en el número de nuestras facultades internas existe alguna destinada exclusivamente á advertirnos de lo que pasa dentro de nosotros, una facultad que nos ponga en relaciones, digámoslo así, con nosotros mismos, y nos otorgue por este medio un dominio absoluto sobre los muchos ó variados fenómenos de nuestro espíritu. Esta facultad se llama *conciencia*. Centinela vigilante y constantísimo de nuestro interior, nada pasa en él que le sea desapercibido: testigo irrecusable de cuanto se agita, se obra y existe en estas regiones que el ojo no mira, ni el oido escucha, ni el tacto alcanza, es digámoslo así, el grande y fiel cronista de nuestras facultades internas, de nuestras ideas, de nuestras pasiones y de todos nuestros pensamientos.

Mas esta escena de la vida interior es tan variable y movable de por sí, tan rápida la sucesion de los objetos que por ella pasan, y son tan tenues de suyo los vestigios que dejan, que su vida sería instantánea, perdiéndose para siempre, si no contáramos con el poder necesario para volver de pronto sobre estas huellas fugitivas, á efecto de fijar sobre ellas nuestra atencion, y reproducirlas espiritualmente, y re-

servarlas como amplia y fecunda materia para la acción de nuestras potencias mentales.

Ahora bien, la actividad que despliega entonces el espíritu para concentrarse sobre los hechos conocidos espontáneamente por la conciencia, constituye la facultad que hemos llamado *reflexión*. Esta pues, como se advierte desde luego, es una facultad compleja, es la conciencia misma haciendo su tránsito del estado puramente pasivo al estado activo, para recorrer las ideas, radicarlas, examinarlas, observarlas, compararlas y percibir clara y distintamente sus varias relaciones.

Cuando hemos hablado pues de la *reflexión*, como de la atención misma movida alternativamente sobre dos ideas á la manera que un cuerpo elástico sobre dos planos, hemos bosquejado apenas, digámoslo así, las primeras acciones de esta facultad interna, cuyo desenvolvimiento filosófico, extendiéndose gradualmente por todo el horizonte del pensamiento, nos da la última razón de los conocimientos profundos, del juicio práctico, de las altas dotes del carácter social, de la conducta y fin para desenvolver sobre los objetos de nuestros deberes todas nuestras facultades morales.

§ II.

OBSERVACION.—MEDITACION.

Para conocer mejor cómo la *reflexión* viene á ser la actividad de la conciencia, precisemos este análisis al examen de un fenómeno harto frecuente en el sistema de nuestra vida mixta, esto es, de las facultades internas y los objetos exteriores en su comercio recíproco; lo que al mismo tiempo servirá para manifestar lo que propiamente hablando, se entiende por *observación*. Ya hemos visto cómo llegan por último á nuestra alma las impresiones que nos causan los objetos externos; ya hemos visto cómo estos afectan los sentidos, y por este medio el alma se percibe de las conmociones que en ellos se verifican. Ya hemos visto que el alma en este caso es simplemente pasiva, y acabamos de notar cómo la percepción viene á ser lo mismo que el sentimiento interior de lo que nos afecta, viene á ser lo mismo que la *conciencia pasiva*. La percepción, pues, podría decirse que es la conciencia á las puertas de nuestra alma cuando se halla en contacto con el mundo exterior, porque entonces no hace otra cosa que advertir á la

alma de las conmociones externas. Acabamos de ver igualmente una afección análoga que experimenta el alma cuando dentro de ella misma se forman ciertas afecciones que no le vienen de fuera: en un sentido lato podría llamarse también este fenómeno percepción interior ó puramente espiritual, porque el alma se percibe de una cosa por su sentido interno; pero realmente es la misma conciencia, dando testimonio de la aparición de estos íntimos pensamientos; y esto podría servir de paso para descubrir y fijar la primera diferencia que se nota entre la *percepción* propiamente dicha y la *conciencia pasiva*. Mas aun cuando la *conciencia* nos advierte de objetos puramente interiores, siempre es pasiva, limitada, como se nota desde luego, á la simple comunicación de lo que la afecta. Ya hemos visto también cómo el alma no se contenta con percibirse de lo que en ella pasa, sino que se detiene, cuando le place, sobre la impresión puramente pasiva ó la percepción interna, impidiendo así que se le escape, y haciéndola entrar en su dominio: ya hemos visto que ella no solamente *ve*, sino también *mira*; no solamente *oye*, sino también *escucha*; que estos dos estados son diversos, como lo son la pasibilidad y la actividad, y son análogos, porque ve y mira con la vista; oye y escucha por los oídos; en suma, afecta y es afectada por el mismo órgano intermediario y sobre el mismo objeto que la ocupa. Ahora bien, cuando el alma se detiene sobre las percepciones que recibe de los objetos exteriores, ó sobre estos mismos objetos por medio de los sentidos, es decir, cuando atiende á ellos para formarse una idea mas completa, se dice que *observa*. La *observación* es, pues, la mirada atenta del alma, ó su atención en ejercicio sobre los objetos externos por el ministerio de los sentidos. Un procedimiento análogo emplea sobre los objetos puramente interiores ó espirituales que la afectan, cuando quiere conocerlos ó profundizarlos; pero este acto tiene otro nombre, el de *meditación*. De manera que la *observación* y la *meditación* se tienen entre sí relativamente á sus objetos, como el universo físico y el universo interior; relativamente á sus causas ocasionales, como la percepción externa y la percepción interna; pero á esto se limitan sus diferencias, pues por lo demás, los procedimientos son enteramente análogos. Podría decirse para mayor claridad, que la *meditación* es la *observación* interna, y la *observación* la *meditación* externa.

Supuesta la analogía de ambos procedimientos, veamos ahora cómo en uno y otro caso la conciencia lejos de haber desaparecido, permanece mas constante, es ella misma

reaccionando sobre sus primeras impresiones. ¿Qué es el ver? la conciencia pasiva de la forma exterior. ¿Qué es el mirar? la conciencia activa de esta misma forma. ¿Qué es oír? la conciencia pasiva del sonido. ¿Qué es el escuchar? la conciencia activa del fenómeno que ha conmovido el tímpano del oído. ¿Qué es percibir? la conciencia pasiva de lo que exteriormente nos afecta. ¿Qué es observar? la conciencia activa de estos objetos, examinados, radicados en el alma, conocidos ya en sí, ya en sus relaciones mutuas. Lo mismo respectivamente puede decirse de todos los otros fenómenos análogos y operaciones semejantes que se verifican en el alma.

Si pues la *reflexion* es la atencion afectando al objeto, y esta es la misma conciencia activa, pues la conciencia ni abandona el fenómeno, ni se desprende del acto, desde luego se concibe la razon que hemos tenido para no considerar la *reflexion*, sino como la atencion en ejercicio, ni esta sino como la conciencia en accion. Por lo demas, objetos tan delicados é imperceptibles, como son todos los que figuran en la escena de la vida espiritual, no admiten mayor claridad ni distincion ni en los procedimientos ni en los resultados de su análisis. Tampoco seria necesaria, pues la circunstancia de ser todo esto experimental para cada uno, hace mas que suficientes estas descripciones aproximativas para su conocimiento perfecto y sus diversas aplicaciones. En este punto un análisis extremo, dilatándose sobre pormenores imperceptibles, relaja ó enerva las fuerzas de la inteligencia, confunde y oscurece mas bien que ilustra, sobre las altas cuestiones de la metafísica.

§ III.

DEL RECOGIMIENTO.

El *recogimiento* difiere mucho de la *reflexion*, como la preparacion difiere del acto mismo que tiene por objeto. Recogerse es disponerse favorablemente para la *reflexion*, es prepararse para entrar en sí mismo; recogerse es desprenderse de todos los obstáculos que pueden impedir ó embarrasar aquella accion del espíritu, es aislarse del mundo exterior, sosegar el tumulto de las pasiones, imponer silencio á toda preocupacion capaz de poner trabas al ejercicio mismo del pensamiento; es reconcentrar toda su actividad

en el espectáculo interior del alma; es una condicion indispensable para reflexionar con buen éxito, pero no es la *reflexion* misma.

§ IV.

DE LA CONTEMPLACION.

Hai otro fenómeno intelectual mui digno de examinarse, la *contemplacion*. Entre los muchos y diversos objetos que interesan mas ó ménos la atencion de nuestra alma, se encuentran algunos que, por ciertas analogias ó mayor intimidad de relacion con lo que forma ó constituye el objeto de nuestras esperanzas, de nuestros deseos ó de nuestras pasiones, absorven, por explicarnos así, en una íntima y profunda mirada todas nuestras facultades internas, y ganan de tal suerte nuestra preferencia sobre todo el sistema de los objetos sensibles ó espirituales que nos conmueven, que parecen correr un densísimo velo sobre todo el cuadro, para quedarse solos y de pié en frente de nuestra mirada interior.

Cuando uno de estos objetos llega á afectarnos con este grado de intensidad, semejante afeccion interna ejerce tal imperio sobre nosotros, que nos roba el poder, digámoslo así, sobre cuanto no es ella. Comienza por aislarnos del mundo exterior, y este es el *retiro espiritual*, continúa por desprendernos de todos los objetos íntimos que pudieran divagarnos, y este es el *recogimiento*, sigue por arrebatarnos toda la parte fenomenal de la voluntad y la inteligencia, y esta es la *abstraccion pasiva*, y termina por fijarnos dulce y agradablemente sobre el objeto, y esta es la *contemplacion*. Por esta facultad misteriosa, el alma está toda ocupada y enteramente desprendida, reacciona con toda su actividad sobre las primeras impresiones del objeto, y en la intensidad suma con que sobre él se reconcentra, parece ir perdiendo su actividad misma, y quedar en una dulce y agradable pasibilidad, ó si se quiere, en una reciprocidad imperceptible de accion y de pasion sobre el objeto mismo. Esta facultad no es la *memoria*, porque no trae consigo necesariamente unida la idea de lo pasado; no es la *prevision*, porque no se refiere precisamente á lo futuro; no es la *atencion*, porque ésta figura en un término mui subalterno despues de haber sido acaso la primera en el obrar; no es la *observacion*, porque no tiene por oficio conocer distintamente un obje-

to exterior; no es la simple conciencia, porque no se reduce ni al testimonio de las impresiones recibidas, ni á la simple reaccion sobre ellas mismas; no es la *reflexion*, porque en su modo de ser falta este movimiento activo de la *atencion* sobre las ideas parciales; no es tampoco la *meditacion*, porque no se dirige á ejercitar el discurso, á analizar el objeto, á descubrir sus relaciones; no es nada de esto, si bien podrá interesar en sus grados ó términos respectivos, ó transitorios, como ocasion, causa, principio, medio &c., cualquiera de las facultades internas: es la *contemplacion*. Querer definirla, seria oscurecerla. Todos la conocen, porque todos tienen sus preferencias íntimas ó profundas sobre los objetos vários de su inteligencia y de su voluntad: todos la experimentan por la vida de relacion: es comun á toda la especie humana, porque nadie es extraño á la historia de los gozes internos, ni á la corriente de las pasiones sobre sus respectivos objetos.

La *contemplacion* de ordinario interesa toda nuestra parte moral, y no puede por lo mismo quedar sin trascendencias en sus efectos. Ella sigue la razon de su principio, de su objeto y de sus efectos sobre el corazon. Tiene una página mui fecunda en la historia de nuestros extravíos, y una categoría eminente en el rango de las virtudes.¹

§ V.

EFECTOS GENERALES DE LA REFLEXION.

Después de haber hablado de la *reflexion*, trayéndola de continuo al cotejo con otras facultades diversas para conocerla mas distintamente, no será fuera de propósito decir alguna cosa sobre sus efectos. Enumerar todos los resultados importantes de la *reflexion* seria sin duda alguna decir cuánto debe la humanidad á la religion, á la filosofía, á las bellas artes: es visto pues, que no podrémos reunir aquí sino los mas generales. Así como de la esmerillosa *observacion* de los hechos de la naturaleza física han

¹ Sin embargo, al tratar aquí este punto, le consideramos exclusivamente bajo un aspecto filosófico, dejando aparte esos otros aspectos que recibe la *contemplacion* en la *teología mística*, y que, siempre inaccesibles al contacto del análisis, no pueden explicarse sino con los principios que presiden al orden sobrenatural de las cosas, cuya existencia figura entre los dones misteriosos de la gracia divina.

salido las ciencias naturales y sus maravillosas aplicaciones, así tambien de la *atencion* que presta el hombre á todos los fenómenos de su espíritu, ha emanado sin duda cuanto puede contribuir á la educacion y á la mejora de su ser moral. En efecto, la buena moral de la conducta es hija de la *reflexion*, pues por ella llega el hombre á distinguir netamente en su pensamiento las ideas de libertad, de bien y de mal, de derecho y de deber, de merecimiento y demérito. La *reflexion* es la única que le revela los sentimientos generosos ó perversos que la naturaleza ha colocado, ó las circunstancias desenvuelto, en su corazon. Con el socorro de la reflexion el hombre conoce sus propios actos, los examina bien, prevee y calcula sus diversas consecuencias, y al mismo tiempo califica su moralidad: hé aquí porqué el cristianismo nos recomienda el recogimiento interior al fin de cada día, para hacer el *examen de la conciencia*. La *reflexion* conduce al hombre á distinguir el principio inmaterial, que le anima, de la organizacion material, que le cubre: ella es quien le descubre todas esas nobles facultades del alma cuya existencia le encumbra tanto sobre todos los seres criados: ella es quien, poniéndole delante el blanco á donde le dirigen tan gloriosos atributos, descubre á sus ojos el misterioso velo que le ocultaba su destino. Sin penetrar con su mirada hasta la naturaleza misteriosa del Ser infinito, sirvese del espectáculo de nuestra naturaleza, de la luz que ella derrama sobre los principales atributos del alma, para elevarnos hasta la idea de los atributos divinos; y si nuestro pensamiento ha concebido en Dios el poder, la sabiduría y el amor como principios de toda verdad, de toda hermosura, de todo bien; concepcion tan sublime se debe mui principalmente al espectáculo de las facultades del hombre meditado y fecundado por la *reflexion*: porque si el hombre no viene á ser sino un pálido reflejo de la Divinidad, nadie puede arrebatarle la gloria de apellidarse con razon su mas perfecta imagen sobre la tierra.

Si contamos con la ventaja incontestable de unir á las lecciones que nos da la *observacion* sobre nosotros mismos, el fruto que podemos alcanzar de la *observacion* sobre nuestros semejantes, debemos reconocer aquí uno de los efectos prácticos de la facultad que nos ocupa. Ciertamente es, que no podemos leer en el fondo de su alma, como en la nuestra, ni hacemos otra cosa que deducir consecuencias internas de los hechos exteriores que con ellas están relacionados; pero ni aun esto conseguiríamos, en verdad, si la percepcion y el estudio

que de estos hechos análogos hacemos sobre nosotros mismos, no nos condujese á ver clara y distintamente como reflejados en lo más íntimo de nuestro ser todos los caracteres morales de los demás hombres.

Débese á la *reflexion* la inteligencia de los signos destinados á representar los hechos psicológicos, y la de eso que vulgarmente se llama *ideas abstractas*. ¿Porqué? porque estos signos tan numerosos no tienen sentido ni valor alguno, sino en tanto que el espíritu mira en sí mismo la idea que á ellos corresponde, y son mejor comprendidos á medida que nuestro pensamiento analiza con mayor profundidad las abstracciones que representan estos signos.

La virtud misma no sería sino que una palabra vana para el que no hubiese descubierto antes en su corazón los nobles elementos que la forman. Si pues el filósofo comprende al hombre y á la virtud, es porque ha sabido apreciar la filiación de los actos internos, su trascendencia en el carácter de los hábitos, su armonía ú oposición con las leyes, sus relaciones con la felicidad, ó sus miserables extravíos del único sendero que á ella puede conducirnos. ¿Y á qué debe el hombre la gloriosa conquista de este tesoro, sino al ejercicio bien dirigido de su propia reflexion? Ella es la que, comunicándole al mismo tiempo las ideas de su misión, de su poder y de su forma de acción, ha puesto en sus manos tantas veces la inmensa palanca con que impele al mundo de continuo por la carrera de los descubrimientos científicos, y por esa variada ruta que en el fondo de los siglos han dejado señalada para los recuerdos todos los acontecimientos humanos. Armado con la *reflexion*, el filósofo abrirá sus caminos á la *inteligencia* y á la *voluntad*, reunirá en un código las leyes y las máximas que precisan al bien el paso de la libertad humana, dará métodos progresivos de perfección á las ciencias, sentará las basas de la educación pública y privada, reflejará sobre la religión las luces de una inteligencia dócil, y bañará el teatro del entendimiento humano con el esplendor indeficiente de la fe: recibirá de Dios los preceptos, para brindar á los hombres con los bellos caracteres de la ciencia moral; garantizará en los pueblos la felicidad pública, concertando en su espíritu la obediencia y el derecho, regirá también la conducta de los gobiernos, mostrándoles su código, enseñándoles su misión, deslindando sus títulos, y determinando con exactitud la razón de su existencia.

Basta: lo que se ha dicho podrá cuando ménos iniciarnos en el conocimiento de la historia de esta facultad pre-

ciosa, cuyos inmensos resultados entran á la parte con todo en la historia del espíritu humano.¹

§ VI.

ÚLTIMAS OBSERVACIONES SOBRE LA COMPARACION.

La *comparacion*, como se ha visto ya, es ménos una facultad que un procedimiento de nuestro espíritu: es la atencion misma que se fija sobre dos ideas, con la mira de descubrir entre ellas alguna relacion, es la reflexion en una de sus formas. Pero debemos considerar con metódica separacion de las formas de la reflexion esta forma, por ser la que inicia el juicio, como luego veremos; y al mismo tiempo volver sobre ella, cuando acabamos de estudiar la reflexion en sus relaciones más amplias y en su acción más fecunda. Habiendo hablado pues de ésta, y estando para entrar á discurrir sobre el juicio, la *comparacion* debía tocarse como un tránsito metódico. Su utilidad es incontestable, pues luego se concibe que sin ella se nos escaparían todas aquellas relaciones que no suelen presentarse de suyo á la mirada de la inteligencia. Mas no debe confundirse la comparacion con la relacion que ella descubre: tanto valdría esto como confundir la causa con el efecto. La *comparacion* es el ejercicio activo de la atencion; mas la percepcion no depende de la actividad libre de nuestro ser mental. Unas veces precede á la aplicacion voluntaria del espíritu, mientras otras, lejos de seguirla, parece resistir á ella. ¿Cuántas verdades se escapan á las miradas del sabio que mas afanosamente se empeña en descubrirlas!

Siguese también de lo dicho, que la comparacion es un fenómeno intelectual no tanto por su naturaleza cuanto por sus resultados: es ménos un poder del entendimiento, que una intervencion de la actividad, ó que la misma actividad aplicada á cierta clase de ideas.

La *comparacion*, como advierte un filósofo, ejerce un influjo notable sobre la formacion del pensamiento: porque engendra la mayor parte de nuestras ideas de relacion, contribuye á ilustrarlas todas, y viene á ser por esto la con-

¹ Sin adoptar enteramente las opiniones, ni ménos traducir textualmente los pensamientos, hemos trabajado este párrafo sobre el texto de Mr. Puffe en su art. REFLEXION.

dición de aquellas ideas generales que de la experiencia se derivan; puesto que, siendo la expresión de los caracteres comunes á una multitud de objetos, nunca se formarían tales ideas á no haber sido previamente observados ó sucesivamente comparados.

CAPITULO QUINTO.

DEL JUICIO.

Desde que la *comparacion* se ha perfeccionado, aparece un fenómeno enteramente nuevo, una percepcion diversa de las otras, una idea que nada tiene de comun con las de los sentidos. Por este fenómeno intelectual, debemos introducirnos á esa segunda categoría de facultades y operaciones radicada en el *juicio*. Mas para ver con distincion esta facultad principalísima de nuestro entendimiento, observemos con la separacion debida la naturaleza, el desarrollo y los varios efectos del *juicio*.

§ I.

NATURALEZA DEL JUICIO.

El alma ve que unas ideas están contenidas en otras, y no solamente lo ve, sino efectivamente lo afirma. Sea que compare el objeto con sus cualidades mismas, ó que compare un objeto con otro, ó las cualidades del uno con la sustancia del otro, obtiene por resultado una percepcion que no es material. Esta percepcion no es aquel sentimiento agradable ó penoso con que el alma se apercibe del influjo directo que ejercen los cuerpos sobre los sentidos: es una cosa mas noble, es una vista espiritual, es una relacion que, aunque existe de facto en los objetos, no llega á percibirse sino despues que están ellos en el alma representados, y que la atencion se ha modificado de diferentes maneras en su exámen. Esta percepcion, pues, en que se descubre que una idea está contenida en otra idea, se distingue esencialmente de aquella en que el alma se apercibe de la accion inmediata que ejercen los objetos materiales sobre los órganos de los sentidos.

Distingúense ademas una y otra en que la primera siempre es de un objeto: v. g. olor y nada mas que olor, sabor y

nada mas que sabor, gusto y nada mas que gusto, &c. &c., y la segunda envuelve siempre tres objetos, conviene á saber, los dos extremos comparados y la relacion particular bajo que se consideran; por ejemplo, en esta comparacion: *la nieve es blanca*, hai en primer lugar la idea de *nieve*, en segundo, la idea de *blancura*, y en tercero, la idea de que la segunda está contenida en la primera. Nadie confundirá la tercera con la primera ó con la segunda; pero acaso por falta de análisis habrá quien sostenga que la tercera no es una cosa distinta de las dos segundas reunidas ántes: podrá decirse que esta relacion está en el mismo objeto, y por consiguiente, que la percepcion de ella es la percepcion del mismo objeto. Pero es indispensable observar, que los cuerpos reúnen cierto número de cualidades, que estas cualidades son esencialmente diversas, que como tales, producen impresiones diferentes, y que estas impresiones no afectan á un mismo sentido. Un melon, por ejemplo, tiene cierta figura, cualidad que afecta exclusivamente el sentido de la vista; exhala cierto aroma, cualidad que afecta el sentido del olfato; produce un sabor exquisito, cualidad que afecta el sentido del gusto, y así de las demas. ¿Podrá decirse que la percepcion simple de este objeto basta para formar concepto de tales relaciones? Hagamos un ligero análisis.

Si el cabal conocimiento de todas estas relaciones fuese el resultado inmediato de la primera percepcion, este resultado apareceria ó en el acto de tenerla, ó inmediatamente despues de haberla tenido. ¿Podrá decirse lo primero? no, porque se trata de una percepcion, esta corresponde á una sola cualidad, y por lo mismo se confundirá con el objeto. Si fijo mi vista, por ejemplo, en un cilindro de oro, ¿habrá fuerza humana que me obligue á separar el colorido de la figura, ó la figura del mismo cuerpo? Yo estaria creyendo eternamente que todo era colorido ó figura, si no contase mas que con una percepcion. Lo mismo debe decirse de todas las demas percepciones que recibimos por los otros sentidos. Queda pues demostrado que la simple percepcion de un objeto ninguna idea nos suministra de sus relaciones. ¿Se conseguirá esto por el simple hecho de haber pasado ya las percepciones diferentes de los otros objetos por los sentidos? Detengámonos un poco; supongamos que ya están en el alma el color y figura, el olor, el sabor, y tambien la suavidad ó aspereza, la dureza ó blandura del objeto. ¿Dónde está la percepcion que ha de comprender la relacion de que se trata?

¿Qué harán por sí solas todas ellas? Nada, absolutamente nada: el alma seguiría viendo percepciones diferentes; no podría distinguir nunca el todo de la parte; y semejante á quien está viendo una reunión de personas, sin saber que forman una sola familia, sentiría simultánea ó sucesivamente los olores, colores, &c., sin referirlos á un todo determinado. Es pues una cosa mui distinta de la percepcion material de los objetos sensibles la percepcion intelectual de sus relaciones mutuas.

Pero el alma no descansa todavía con haber percibido esta relacion, sino que inmediatamente la afirma: no se contenta con ver, por ejemplo, que la idea de la blancura está contenida en la de la nieve; sino que inmediatamente se dice á sí misma *la nieve es blanca*. He aquí el *juicio*, es decir, un acto interior del alma por el cual se afirma que una cosa está contenida en otra. Tambien sucede que el resultado de la comparacion es enteramente contrario; es decir, que una idea no está contenida en otra; en este caso tampoco cesa la accion del espíritu, porque inmediatamente se dice á sí mismo: *tal idea no está contenida en otra idea*. Este es tambien un juicio, pero un juicio negativo. Para comprender pues en una sola definicion ambos juicios, dirémos sencillamente, que juicio es un acto del alma en que afirma ó niega que una cosa está contenida en otra.

§ II.

DEL RACIOCINIO, Ó SEA DEL JUICIO EN SEGUNDO TÉRMINO.

Muchos institutistas consideran el *raciocinio* como una facultad separada y enteramente diversa del juicio; pero realmente no es sino la progresion de este mismo, su desarrollo gradual y metódico, y propiamente hablando, el juicio en segundo término. Para convencer plenamente de esto, hemos querido consignar aquí las siguientes reflexiones.

Por medio del juicio el alma une ó separa solamente dos ideas; pero así como verifica este acto por medio de la relacion que le descubre entre ellas la comparacion, así tambien puede considerar aparte dos relaciones, compararlas, y descubrir entre ellas una nueva relacion y afirmarla en consecuencia, ó negarla si advierte que no existe. Por ejemplo, ha visto que las ideas adquiridas por el tacto están unidas por una parte con las que le vienen de la vis-

ta y por otra, con las que le vienen del gusto; y de aquí deduce que todas tres están unidas, y las une de facto por medio de un juicio afirmativo. Tambien compara dos ideas con una tercera, y si con esta conviene tanto una como otra, deduce que ambas convienen entre sí, y lo afirma por medio del juicio. He aquí una operacion que los filósofos designan con el nombre de *raciocinio*. ¿Es pues esta una facultad diversa del juicio? Atendiendo á lo que verifica nuestro entendimiento cuando *raciocina*, se ve que siempre juzga, y no hace mas que juzgar: el *raciocinio* no es mas que un juicio inferido de otros dos, y por consiguiente siempre es un juicio, aunque bastante modificado. En el juicio simple precede una sola comparacion; en el *raciocinio* preceden dos: en el uno se comparan dos ideas; en el otro se comparan dos relaciones; está pues visto que el *raciocinio* es el juicio modificado, y no una facultad nueva: por esto le definen: *un juicio, deducido de otros dos*.¹

§ III.

EFFECTOS DEL JUICIO.

Esta facultad en su ejercicio y gradual desenvolvimiento produce varios efectos, que conviene distinguir y dar á conocer, y que pueden filiarse sobre la escala de lo afirmativo, lo negativo y lo mixto.

I.

EFFECTOS DEL JUICIO AFIRMATIVO.

Dijimos que el juicio afirmativo es un acto por el cual afirma el alma que una idea está contenida en otra. Veamos ahora cómo por una serie de juicios afirmativos se llega á tener una idea completa de los objetos exteriores.

Tenemos demostrado que en estos objetos hai cinco es-

¹ Sin embargo, esta facultad en su mayor desenvolvimiento va adquiriendo tantas formas y teniendo tantas aplicaciones, que no se excusa la necesidad de consagrar á su estudio un análisis especial. He aquí porque cuanto aquí hemos dicho se entiende sin perjuicio de lo que nos proponemos decir en los capítulos siguientes sobre el *raciocinio*.

pecies de cualidades; que á cada especie corresponde un sentido; y que las que afectan un sentido no pueden absolutamente afectar ninguno de los otros. Resulta de aquí que las primeras ideas por sí solas no nos dan el conocimiento de todo el objeto. ¿Cómo llegamos pues á él? Valgámonos de un ejemplo muy material.

Tenemos á la vista una piña. Por la vista tenemos idea de la figura, y por el olfato idea del olor; el alma fija su atención en una y otra idea, reflexiona sobre ambas, las compara, encuentra la relación de ellas, y juzga que una está contenida en otra: nuestro paladar ha probado una fruta, ha comparado el sabor con el olor y ha encontrado la relación de la unión íntima que hai entre estas dos ideas: se ha aplicado el tacto á la superficie, y esto ha dado por último resultado la idea de su aspereza; se compara esta aspereza con la idea de la figura, y las encontramos también reunidas. ¿Qué ha resultado de todo? Que el alma percibe la figura unida con el olor, éste unido con el sabor y por consiguiente con la figura; finalmente la aspereza unida con con la figura, y por lo mismo con el olor y el sabor. Entonces, en proporción que atiende, reflexiona; en proporción que reflexiona, compara; en proporción que compara, juzga; en proporción que juzga, aproxima; y á fuerza de aproximar sus ideas, llega por fin á representárselas formando un todo análogo á la totalidad del objeto que está colocado fuera de ella. Así es como el alma por la fuerza de su actividad reúne las ideas parciales que habia ido recibiendo por cada sentido, para formarse una idea compuesta de todas. Resultan de aquí dos consecuencias muy importantes: primera, las ideas de las cosas externas no nos vienen inmediatamente de los sentidos, sino que son el efecto de una combinación particular que el alma forma de las ideas parciales que ha ido recibiendo por cada sentido: segunda, las ideas ya compuestas y que forman un todo, no se adquieren sino después de la reflexión, de la comparación y del juicio. Pero ¿qué, ¿los simples juicios aislados bastan para formar una idea del conjunto? Aquí se presenta una dificultad que necesitamos vencer.

Para descubrir una relación, es necesario tener un dato, y este dato no existe por sola la representación de las ideas parciales. Estas se mantienen separadas en el alma; separadas vinieron por los sentidos; ¿cómo podrá pues el alma verlas reunidas! ¿qué fundamento tiene para percibir la figura unida con el sabor? Es claro que para llegar á percibir esta reunión, es menester que haya algun dato por

parte de los mismos sentidos; y esto es lo que vamos á investigar.

El tacto puede suministrar este primer dato, como lo vamos á ver en una experiencia muy sencilla. Recorriendo la superficie del objeto, cuya figura nos ha afectado, encontramos que á proporción que nuestra mano se aplica á las diferentes partes de su extensión, se va trasformando la figura: si nuestra mano basta á cubrir todo el objeto, vemos desaparecer toda la figura cuando ponemos nuestra mano sobre el objeto, y aparecer de nuevo, siempre que la quitamos. He aquí cómo, á fuerza de repetirse esta experiencia, llega nuestra alma á conocer que lo que hierre la vista afecta también el tacto; y este es el fundamento que tiene para descubrir por medio de la comparación la relación que une las ideas de figura y de resistencia.

Cuando hemos probado el sabor del objeto, es porque le hemos movido desde el lugar donde está hasta nuestro paladar, y como este sabor se repite ó desaparece, según que se aplica ó retira el objeto, tenemos ya un fundamento para unir la idea del olor con la idea que nos suministra el tacto, por la dependencia que tienen ambas impresiones. Lo mismo puede decirse respectivamente de las otras ideas. Pero no basta descubrir en las experiencias de nuestros sentidos el fundamento de la operación mental que une las ideas: porque el juicio puede unir solo dos ideas, y no todas las que nos suministra el objeto. Para llegar á este resultado necesitamos por lo ménos una operación diversa, ya que no una facultad distinta; mas á fin de llegar á descubrirla, es muy conveniente analizar el hecho.

II.

EFECTOS DEL JUICIO NEGATIVO.

Cuando el alma se ha formado ya una idea completa de los objetos que están colocados fuera de ella, empieza á ejercitar su atención sobre las ideas compuestas. Comparando las unas con las otras, consigue aprehenderse de que las cualidades de un objeto están ó no comprendidas en otro. Sus ideas son individuales; pero ella por medio de comparaciones repetidas tiene el poder de conservar á las ideas su individualidad, ó de elevarlas á la clase de comunes. Para lo primero usa del juicio negativo, el cual se

repite tantas veces, cuantas se comparan cualidades diversas. Valgámonos de un ejemplo.

Temos á la vista dos árboles, uno de los cuales produce peras y el otro manzanas. Verificada sobre ellos la comparación, advierte el alma que la pera, que en el uno existe, no es la manzana, que existe en el otro; y en consecuencia forma un juicio negativo, separando de la idea del árbol primero la idea del fruto segundo, y diciendo v. g. *este árbol no produce manzanas*. Este ejemplo sencillísimo basta para dar á conocer el juicio negativo.

III.

EFECTOS DEL JUICIO AFIRMATIVO Y NEGATIVO.

(Abstracción.)

Hemos visto ya que el juicio afirmativo nos da la idea total de los objetos exteriores, así como el negativo nos conduce á separar dos ideas que no están contenidas entre sí; mas con esto hemos dado á conocer únicamente los primeros efectos de la actividad del alma: véamos ahora como ésta se eleva desde aquí á una region mas sublime. Hai una tercera clase de ideas que suponen un grande ejercicio y hábitos ya formados; tales son las ideas abstractas de que vamos á tratar.

Cuando el alma tiene ya cierto número de ideas compuestas, ejercita sobre ellas el juicio tanto afirmativo como negativo, y ese trabajo intelectual parece conducirla, como de la mano, á formar una tercera clase de ideas, ya compuestas, ya simples, pero que no corresponden á ningun objeto de la naturaleza.

Por el juicio afirmativo ve que ciertas cualidades que hai en un objeto están en otro ú otros muchos; por el juicio negativo ve que ciertas cualidades que hai en un objeto no están contenidas en otro. Lo primero la conduce á reconocer la semejanza, lo segundo á descubrir la diferencia de los objetos. En virtud de este conocimiento se apodera, digámoslo así, de las ideas parciales, ya para reunir las y formar un objeto intelectual, ó ya para considerarlas de por sí, como si no estuviesen contenidas en objeto ninguno. Este procedimiento de nuestra alma se conoce con el nombre de *abstracción*, palabra derivada del ver-

bo latino *abstrahere*. Este verbo significa sacar como por fuerza una cosa de otra; operación que el alma verifica en el hecho de separar una idea compuesta, sacando de ella alguna idea simple para considerarla como si no estuviese unida con aquella de donde la ha sacado.

Aquí podríamos hablar de los procedimientos que el alma emplea, desenvolviendo y ejercitando la facultad de abstraer, por medio del juicio, para formar esas diferentes ideas intelectuales que no tienen objetos correspondientes en la naturaleza, como las ideas de género, especie, clase, individuos, seres abstractos &c. &c.; pero no teniendo mas objeto esta *sección primera* que el análisis de las facultades mentales consideradas en su simple existencia y varios desarrollos, reservamos este punto para la sección siguiente destinada *ex-profeso* al análisis del pensamiento, al origen, especies y clasificación de las ideas.

CAPITULO SEXTO.

ANÁLISIS DEL RACIOCINIO CONSIDERADO COMO UN MEDIO DE DESCUBRIR Ó EXPONER LA VERDAD.—NUEVAS INVESTIGACIONES A QUE CONDUCE.—DISTRIBUCION GENERAL DE ELLAS.

Al concluir el § IV del capítulo primero, manifestámos que la reflexion, cuyo carácter puramente elemental nos la presenta en su nacimiento como la atencion movida alternativamente sobre dos ideas, recibe despues tantas modificaciones y se desenvuelve en tan varios sentidos, que nunca podria ser bastantemente conocida, si hubiese de limitarse su exámen á ese movimiento de la atencion sobre dos ideas. Esta consideracion nos condujo á manifestar la necesidad de hablar *ex-profeso* de la reflexion, como lo hicimos en un capítulo aparte, despues de haberla considerado en su procedencia genealógica de la atencion. Esto mismo decimos ahora del raciocinio, cuyo carácter simplemente elemental, cuya genealogía primitiva expusimos en el § II del capítulo anterior, presentándole, no como una facultad nueva, sino como el mismo juicio en segundo término. Mas el raciocinio, saliendo de esta primera condicion elemental, entra en una esfera mas amplia, inmensa, digámoslo así; porque domina toda la extension de las ideas, abraza todas las relaciones del pensamiento, recorre todos los espacios interpuestos entre los principios, las consecuencias

y las aplicaciones; arrastra todas nuestras facultades intelectuales en cuanto puede reputarse del resorte de la verdad en sus relaciones con la inteligencia, con la imaginación y con el gusto; en suma, es el pensamiento en acción con todo el sistema de las facultades que hasta aquí hemos dado á conocer. El raciocinio, es *criterio* en la historia, *lógica* en las ciencias, *regla* en las artes, *gusto* en la elocuencia, en la poesía y en cuanto gira dentro de la órbita de la imaginación y del sentimiento: el raciocinio es todo en el órden especulativo; y no podríamos, en consecuencia, quedar satisfechos con lo que acabamos de decir acerca de él en el capítulo precedente, porque esto sería quedarnos fuera del quicio en uno de los departamentos mas amplios que contiene la Sicología.

Mas para tener una idea clara y distinta de este procedimiento del alma, que llamamos *raciocinio*, necesitamos apelar á los recursos de un análisis mas amplio, porque apenas habrá en la Sicología cosa mas confusamente expuesta, y que haya dado margen á un desacuerdo mayor entre los filósofos.

El raciocinio es la vida de la razon, es la razon movida sobre los objetos del entendimiento. Mas, ¡la razon misma, el entendimiento mismo, la inteligencia y otras palabras análogas que suelen usarse á cada paso, son objetos bastante claros, términos tan bien definidos, que garanticen completamente la verdad en sus relaciones con el espíritu! Con harta frecuencia vemos aparecer en los libros, en los discursos, en las conversaciones las palabras *razonamiento*, *raciocinio*, *demostracion*, *razon*, *inteligencia*, *entendimiento*, *buen sentido*, *sentido comun*, *penetracion*, *sagacidad*, *visión*, *discernimiento*, *tacto*, *juicio*, *aplomo*, *criterio*, *ligereza*, *error*, *ignorancia*, *talento*, *genio*, *espíritu*, &c. &c.: y sin embargo, mui raras veces lograríamos verlas figurar en un sistema perfecto, consecuente, aplicable aun en las mismas teorías filosóficas. Dentro de una misma escuela vemos discrepar á los filósofos en este punto: Bacon, Locke y Condillac se hallan mui léjos de un concierto perfecto al exponer estas diversas facultades del alma. Las escuelas escocesa, alemana, italiana, francesa y española, dentro de sus respectivas demarcaciones, presentan dificultades sin número. Se diría que todas estas facultades, estos vários modos de obrar y de ser que tiene el entendimiento, semejantes á los bellos celages que se forman en el horizonte, desaparecen á medida que el espectador se acerca, y resisten al contacto, y se desdefían de venir á acomodarse bajo la

dirección sistemática del filósofo. Se diría que todo esto no es mas que un juego de palabras, á no hallarnos plenamente persuadidos de que, sin la realidad de las ideas que á tales palabras corresponden, todo seria incomprensible en el órden de la ciencia, y todo inexplicable en el cuadro de la literatura. Probemos pues dar alguna explicación satisfactoria sobre estos puntos, colocándonos á igual distancia de la confusión extrema del vulgo, y del exagerado refinamiento del filosofismo.

El análisis en que vamos á entrar nos da por resultado una idea mas completa del *raciocinio*; pues, á pocos pasos de la *reflexion*, se verá luego, que todo sustancialmente se halla en una escala por donde el *entendimiento* progresa á su objeto, bajo diferentes formas, y que su acción mas directa está representada en el *raciocinio*, bien así como la del *raciocinio* en la progresion del *juicio* bajo sus diferentes aspectos y en sus várias ramificaciones. De este modo, viendo cómo obra el *entendimiento* y de cuantas maneras se ejercita como una facultad complexa, tendremos una idea mas exacta de la *razon*, último término de nuestro análisis sicológico, y antecedente indispensable para introducirnos por una recapitulacion del *entendimiento* al análisis de la *voluntad*.

Para proceder metódicamente, tomaremos al entendimiento por punto de partida, porque en él quedarán resumidas las facultades que preceden, y bien indicada la marcha que sigue. En efecto, toda la serie de ideas que acabamos de indicar, como materia de nuestras presentes observaciones, no nos da nada elemental y primitivo, nada que haya podido ser objeto de los análisis precedentes. Todo aquí se presenta como series de modificaciones: siempre es el entendimiento; pero el entendimiento en esas várias formas sicológicas de que se reviste, segun las facultades que preferentemente desarrolla, los hábitos que adquiere con mayor facilidad, los objetos á que se consagra de preferencia, las relaciones diversas bajo que le van colocando la educación, las lecturas, el teatro, las circunstancias, y hasta la correspondencia misma de lo físico, lo intelectual y lo moral. Es pues, necesario proceder á este estudio mas complicado, despues de haber hecho el de las cosas mas simples y elementales.

Tomando al entendimiento por punto de partida, daremos una idea de él, y le consideraremos relativamente á su objeto. Su objeto es la verdad: mas la verdad en el entendimiento puede estar de tres modos: primero, por una simple

vista del alma; segundo, por el ascendente de la autoridad; tercero, por el rigor de la demostración. Hai mas, el entendimiento relativamente á la verdad puede considerarse, ó entendiéndola, esto es, percibiéndola tal como se le muestre, ó obrando sobre ella para desenvolverla, fecundarla, aplicarla. Hasta aquí el entendimiento anda, progresa, se fecunda; mas tambien puede considerarse en un estado de parálisis, ó degeneración, ó retroceso, esto es, cuando nada sabe, cuando nada cree, cuando recibe como verdad lo que no lo es: como si dijéramos, puede considerarse en la ignorancia, en el escepticismo y en el error. Esto supuesto, hablaremos en los siguientes capítulos: primero, del entendimiento como una facultad compleja, y relativamente á su objeto; segundo, de la marcha del entendimiento en la prosecución de su objeto, y de las consecuencias que resultan de la diversidad de esta marcha; tercero, de las diversas facultades que desarrolla para adquirir el conocimiento de la verdad, ó lo que es lo mismo, del carácter diferente con que se presenta en los conocimientos que debe á la *evidencia*, á la *autoridad* y al *discurso*; y por tanto, de las diferencias que median entre la *intuición*, la *fe* y el *raciocinio*, y tambien de las que distinguen la *persuación*, el *conocimiento* y la *creencia*; cuarto, del estado meramente negativo y de la falsa marcha del entendimiento con relacion á su objeto, ó sea de los efectos de su inacción, del *error* y sus principales caracteres; quinto, de la *duda* y la *opinión* consideradas como situaciones intermediarias del entendimiento; sexto, de la significación de las palabras que suelen usarse para indicar los diversos estados y formas de acción del entendimiento; sétimo, de la *razón*. Concluido lo cual, haremos una final recapitulación del entendimiento, para proceder al análisis psicológico de la *voluntad*.

CAPÍTULO SÉTIMO.

DEL ENTENDIMIENTO COMO UNA FACULTAD COMPLEJA, Y RELATIVAMENTE A SU OBJETO.

Desde el principio de esta obra manifestamos que hai dos potencias complejas y diversas en el alma, conviene á saber, el entendimiento y la voluntad; que la principal distinción descubierta entre ellas se toma de sus respectivos objetos, pues la una tiene por objeto *conocer*, y la otra

querer ó no *querer*. Cada una de estas potencias generales se va desarrollando gradualmente; y en cada punto de sus transiciones presenta una forma particular, y descubre algun atributo propio. Estos varios atributos que va descubriendo, como que dan resultados, enteramente distintos y aun á veces diversos, han traído consigo la necesidad de meditarles, examinarles y conocerles con distinción; y á fin de obtener estos resultados se ha creado una ciencia ó gran ramificación de la ciencia, conocida con el nombre de *Psicología*, cuyo objeto es el estudio metódico de las facultades, operaciones y naturaleza del alma.

En los anteriores capítulos hemos cuidado de manifestar las facultades puramente elementales ó primitivas del entendimiento: hemos descubierto dos realmente diversas, á las cuales se refieren las otras; estas dos facultades son la *atención* y el *juicio*, y sus inmediatos efectos son las *ideas primarias* y las *ideas secundarias*, esto es, las ideas de hecho y las ideas de relacion. Debemos estas al juicio, aquellas á la atención. Mas la atención y el juicio no se aproximan sino por una cadena invisible de facultades subalternas que les unen. La atención llega hasta las puertas del juicio trasformada en *reflexión*, y aun en *comparación*, respecto de los objetos presentes; pero en orden á los que ya han pasado, tiene ademas los caracteres de *reminiscencia* y *memoria*, soliendo tomar tambien el de *imaginación*, cuando ha revestido las ideas de una forma sensible.

En esta serie de facultades y operaciones el alma prosigue sin detenerse, hasta que llega á aquel punto en que puede descansar con cierta especie de seguridad, esto es, hasta que llega á la posesión de su objeto. Nada es pues tan interesante como fijar este objeto.

El conocimiento de las facultades del entendimiento, la existencia de las cosas, las relaciones mas ó menos directas que todas ellas tienen con aquel, y la escala casi indefinida que nos manifiesta todo el sistema de investigación, suspende naturalmente, á lo ménos por un instante, nuestro espíritu, y nos obliga á preguntarnos á nosotros mismos: ¿cuál es por último el objeto importantísimo del entendimiento, de esta potencia maravillosa que todo lo penetra, que todo pretende sujetarlo á su imperio, que se esfuerza por descubrir, no solamente lo que hai, sino tambien lo que debe haber; y que desdeñando, por último, cuanto es capaz de contener su vuelo, salva los límites de la existencia, y se remonta con audacia hasta la región de la posibilidad? Sin duda que el entendimiento tiene un objeto grandioso, impor-